

La Andina del Plata

PUBLICACION LITERARIA

DIREGIDA POR LUIS TELMO PINTOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

EN SU IMPRENTA

CALLE SANTIAGO DEL ESTERO, 176.

APARECE LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRIPCION, 10 \$ AL MES.

FUERA DE LA CIUDAD, 12 \$ “

SUMARIO.

Estreno de un drama, por Adelfa—Allí (poesia), por Agustina Andrade—Mision de la mujer, por Maria Concepcion Giammo—O la cruz ó la muerte (poesia), por Silveira Espinosa de Rendon—Metastasio, por Andres Cassard—El poeta (poesia), por Teobaldo E. Corpancho—Un novio pescado por telégrafo (continuacion), por R. Rivas—Revista General.

Estreno de un drama.

Sintiendo aun palpar nuestro corazon por las gratas impresiones que nos ha ocasionado la representacion del nuevo drama *Contra soberbia y humildad*, tomamos la pluma para espresar nuestras ideas sobre esta produccion.

En todo lo que digamos puede creerse que resplandece la mas pura verdad; no puede tacharnos de parciales, porque ningun vínculo nos liga á la novel escritora; no la conociamos, ni siquiera habiamos oído pronunciar su nombre.

Cuando se anunció la representacion de este drama, me llenaba de conjeturas, como les ha pasado á todos, pensando si seria tal ó cual conocida escritora, la incógnita autora.

Con ánsia, pues, con vehementes deseos, esperé impaciente la noche del 28.

Las primeras escenas del acto primero nos han parecido algo frias, pero no así la escena final del mismo acto, que es bellísima. De aquí ya continúa el drama con vida é interés. El argumento es sencillísimo y lleno de verdad, la trama está hilada con delicadeza suma; hay escenas tan

enternecedoras que las lágrimas han humedecido nuestros ojos; el estilo en que está escrito se halla lleno de exhuberantes y ricas galas. Es en prosa, pero una prosa llena de poesia, á la que solo falta el ritmo.

Referiremos, aunque pálidamente, el argumento.

Don Robustiano, rico comerciante, cegado por su dinero y su orgullo, no veía, no comprendía otra cosa que las riquezas;—poseía una hija tan bella como generosa y buena, que es la heroína del drama: el padre quiere casar á Maria con Leopoldo, hijo de otro hombre de gran fortuna y el cual no ama otra cosa en la jóven, que su opulencia, siendo mirado por esta con la mayor indiferencia y sintiendo por él una de esas antipatías que se suelen cobrar como por una intuicion del corazon.

Don Robustiano tenia á su lado á un jóven, lleno de talento y virtudes, el reverso de Leopoldo, que era dominado por toda clase de bajas pasiones, pero tenia la inmensa desgracia, segun don Robustiano, de no tener bienes de fortuna.

Jóvenes y con un alma impresionable y bella, Maria y Alfredo se amaron con un amor intenso.

La santa pasion que fundia aquellos dos corazones en uno, fué descubierta y calumniada por Leopoldo, y entónces el padre de Maria insultó, ofendió vilmente al desdichado Alfredo, echándole en cara los servicios que le hiciera le cubre de denuestos; y todo, porque ha tenido el atrevimiento de querer subir hasta él al fijarse en su hija.

Esta escena final del primer acto no puede ser mas interesante y natural: el pobre y el rico sostienen un diálogo acalorado; aquel dice, brillando en su acento el fuego voraz que lo incendia al verse ultrajado, que el pobre con honor vale tanto como un millonario; y don Robustiano, contesta con sarcasmo, que el pobre es despreciado, humillado como lo hace con él en aquel momento, y arroja un bolsillo á los pies de Alfredo y le manda que no pise más su casa.

En el segundo acto sostiene María una lucha horrible: ella ama tanto á Alfredo como desprecia á Leopoldo y su padre la acosa obligándola á que lo acepte en matrimonio. Su amor triunfa, y se revela contra las pretensiones del autor de sus dias, y se atrae la cólera de aquel hombre metalizado que le dice furibundo que donde no hay riquezas no hay felicidad y que el corazon no debe tomar parte alguna en los actos de la vida, que solo la cabeza debe ser la señora absoluta de nuestras acciones.

El enojo, la maldicion que está por salir de los labios de su padre, le hacen perder su energía á implorar perdón, promete obedecerle.

Viendo ella que aquel amor no podría nunca arrancarlo de su alma, recurre á un medio que creyó podia ser su salvación. Cuando fué á visitarle Leopoldo, le dijo que renunciara á su mano, que ella no lo amaba, ni lo amaría nunca, y que recurria á su caballerosidad para que deshiciera el compromiso que tenia con su padre. Todo fué en vano: él no veía mas que el oro de su dote y temia que se le escapase la presa y la amenazaba con hacer perseguir á Alfredo, que se había lanzado á la política, por el partido contrario, en venganza de su desden. Viene en seguida otra escena, en la cual penetra á la casa de don Robustiano, Alfredo, para despedirse de María y recibir su juramento de eterno amor. Él vá á emigrar porque lo persiguen encarnizadamente. La desesperacion mas amarga embarga á María y con lágrimas dolorosas pide, ruega, á su amante no la deje sola, porque ella, no pudiendo resistir la ausencia, sucumbirá: entónces él, le propone la huida como único recurso, mas ella se alza digna con toda la sublimidad que es susceptible en un alma pura, exclamando con un acento desgarrador—tú me propones eso! tú no me amas!—el trata de convencerla, le dice que—después que un sacerdote! haya bendecidos

correrán á implorar el perdón de su padre

Nada es bastante: ni las súplicas ni las palabras duras de Alfredo, que la llama perjura, la hacen que olvide lo que tiene en mas valer la mujer: su dignidad. Se aparta Alfredo de María, llevando su corazon destrozado y dejándola anonadada en su inmenso infortunio.

En el último acto es donde más resplandece el talento de la autora.

Don Robustiano confiesa á su hija que acaba de sufrir grandes pérdidas en sus bienes y que antes que se aperciba nadie es preciso que se case con Leopoldo, porque no quiere al morir dejarla sola en el mundo y sin fortuna; esta vez ella jura solemnemente á su padre do que le obedecerá por no amargar los últimos instantes de su vida. Váse el padre y llega Leopoldo: María le dice que tiene que hablar con él algo de interés, y despues de mil rodeos, dilece que está dispuesta al sacrificio. Entónces él la desaira, diciéndole que ya no tiene la misma idea, que ya no se quiere casar con ella. Pídele ella una satisfaccion y él le responde con el mismo tono que hubiera usado para dirigirle una galanteria, de que la satisfaccion era muy sencilla: que ella era ya pobre y lo que él había buscado era no su juventud, belleza y excelentes cualidades, sino su dinero, y como ya no lo tenia, desistia de su propósito, pero que no obstante si en cambio de su amor queria riquezas, él se las daría, á lo cual tendria que acceder tarde ó temprano porque no estaba acostumbrada á la miseria.

Pintar aquí es imposible, el efecto que causa este grosero insulto á la pobre María: con la magestad de una reina ordena á el hombre que intentaba seducirla que huya de su presenencia, y en este instante llega su padre loco, desatentado, y sin fijarse en que está allí Leopoldo, grita: arruinado, arruinado hija mia! María con sus caricias quiere consolarlo, pero el dolor de don Robustiano no es suficiente á calmarlo las ternuras; un torbellino de amargas frases salan desde lo mas intimo de su alma: la hija lo dice que trabajará, que no se mortifique, que todo se arreglará. Miétras ella prodiga sus cuidados al anciano, Leopoldo á su espalda, continúa con sus vergonzantes proposiciones. Nos parece que veíamos á Mefistófeles tentando á Fausto y este á Margarita. ¿Que tipo tan repulsivo! no lo condolia la situacion desgraciada de aquellos infelices!

La hija confiesa al padre lo que pasa, quien siempre había creído en el amor de Leopoldo para con su María.

El padre recién se fija en que aquel hombre está allí y se levanta enagenado para castigar al infame; pero este huye precipitadamente. Condonándose el arruinado don Robustiano de que ya no se les guardarían las consideraciones de éntes y que no contaría con amigos. Llega en ese momento Alfredo y le ofrece su amistad y todo lo que posee; el anciano no quiere dar crédito á lo que ve, duda que haya tanta nobleza en un corazón para olvidar el mas terrible de los agravios; pero la voz trémula del jóven le hace comprender de que no es un sueño, sino la realidad, una realidad dulce y bienhechora. Entónces tomando á los dos jóvenes entre sus brazos, los llama "hijos míos" y cuando están en esta escena tan encantadora y patética, llega el padre de Leopoldo buscando á su hijo para salvarlo, porque la justicia lo busca; padre é hija preguntan asombrados porqué es aquello y les dice Alfredo que es por falsificación de billetes ó letras de cambio.

Don Robustiano estrechando siempre á María y á Alfredo, exclama con un acento lleno de inefable gozo, poco mas ó menos estas palabras: "Yo, hijo mío, en mi desmedido orgullo, con mi soberbia te humillé y hoy que estoy en desgracia vienes tú humildemente á querer infundir animación y alegría en mi triste corazón! ¡Ah! que seáis felices, que yo también lo seré; hoy cae la venda de mis ojos: el precepto sagrado lo dice—*Contra soberbia humildad!*"

La señorita Matilde Cuyás puede estar muy complacida del éxito de su producción, digna por todos conceptos de los elogios de una crítica sincera; con toda el alma deseáramos que continuara por la misma vía y desde ya le auguramos una gloria inmarcesible.

Hemos podido juzgar por su primer trabajo, que la señorita de Cuyás posee brillantes dotes literarias y un talento claro y elevado: si cultiva con fé y constancia el arte dramático, podemos considerarla como una esperanza para el Teatro Nacional.

Contra soberbia humildad, hizo en la noche del Miércoles, la delicia de la concurrencia, produciendo muy gratas emociones y siendo oída con un interés que crecía á cada instante.

El asunto de este bello drama es el hogar: pertenece á la vida íntima de una familia. Sus

escenas, en su sencillez, son encantadoras, causando en el espíritu del espectador dulces y benéficas emociones. Los resortes que mueven la acción están llenos de verosimilitud, la propiedad de los caracteres es natural: allí está representado el padre avaro y orgulloso, pero que ama entrañablemente á su hija y que creó que la felicidad de ésta se estriba en el dinero; allí también la hija sumisa y la mujer enamorada, el hombre pobre, pero virtuoso y laborioso, y finalmente, el vicio y la corrupción.

La moralidad que se desprende del drama hacen de él una obra de excelentes condiciones.

El público lo comprendió así. pues al final de cada acto, hacía salir á viva fuerza á la bella y jóven autora: cuando despues de repetidas veces que la llamaron apareció en el escenario, creí que aquella niña se desvanecía, temblaba como una hoja agitada por el vendabal, se cubría el rostro con el pañuelo, pudiendo solo ver su fisonomía los que estábamos muy cerca del palco escénico.

En el último acto, cuando entré los aplausos y vivas de entusiasmo, fué arrastrada nuevamente ante el público, se oyeron las voces de: que levante la cara!

Reciba la señorita de Cuyás mi felicitación, quizá la mas humilde que tenga, pero no por eso menos entusiasta y cariñosa, pues admiro en ella el talento, la inspiración y la modestia: divina trinidad que plugo á Dios depositar en su alma!

ADELFA.

Noviembre 29 de 1877.

III.

Allí mi patria y sus frondosas selvas

Allí mi hogar querido

Que en muchas ruinas, en desierto helado,

El tiempo ha convertido.

Allí la imagen de los locos sueños

De mi feliz infancia

Que dan consuelo á el alma cual las flores

Al viento su fragancia!

Mi pensamiento en agitado vuelo

Irá allí á descansar,

Como las aves tras de larga ausencia

En busca de fresca y soledad,

Viejos sauces, sombrías madresevas
Guardianes de mi hogar
¡Quien pudiera enseñaros con voz trémula
Un nombre á pronunciar!

Ay! un nombre que vibra en mis oídos
Cual nota celestial
Mas dulce que el murmullo de las olas
Del límpido raudal.

Con mis sueños, y el arpa, dulce amiga,
Volveré un día á mi paterno hogar,
Pobre mansion en ruinas, yo te debo
Mi mas profundo y fervido cantar!

AGUSTINA ANDRADE.

Fray-Bentos, Noviembre 18 de 1877.

La mision de la mujer.

La sociedad depende de
las mujeres.

VOLTAIRE.

Todos creen conocer la mision de la mujer, todos quieren determinarla, circunscribirla, cual si les fuera dable poderlo hacer.

Los que quieren marcar á la mujer su mision, son egoistas que se complacen en encerrarla en el estrecho círculo de los deberes exclusivos.

Para la mujer no se encierran los deberes en un número prefijado; por el contrario, éstos tienen siempre una gran amplitud, segun las situaciones distintas, segun la atmósfera moral que se respira, las circunstancias que rodean á la criatura y las condiciones que la acompañan.

Todos los hombres que ponen diques y barreras al desarrollo del entendimiento de la mujer, bajo el pretexto de una mision especial, son egoistas disfrazados.

El hombre ha sido siempre rémora al completo desarrollo de la inteligencia de la mujer; el hombre, haciendo alarde de un principio de autoridad que él solo se adjudica, ha dicho á la mujer: *De aquí no pasarás.*

Un hombre estúpido, por mucho que lo sea, es considerado con derechos indisputables para guiar á la mujer, corregirla y aconsejarla, exigiendo de ésta una obediencia pasiva y ciega.

La justicia y la lógica, que son la moral del entendimiento, no suelen acompañar en las leyes que cada individuo se permite dictar á la compañera de su vida.

Á la mujer no se le tolera su pasion al estudio, pues desde que la revela, descende sobre ella el estigma del ridículo.

Hay serios temores acerca del peligro que corre una mujer entregada á las ciencias: la opinion pública, que es el eco de las apreciaciones del hombre, dice que el delicado organismo de la mujer padece, que se debilita su espíritu, que se oscurece su criterio y que se deseca su corazon.

La generalidad cree que la savia de la ciencia es para los sentimientos de la mujer un narcótico venenoso. ¿Qué insensatez!

El librar la ciencia nos debilita, el beberla en grandes dosis nos fortalece.

Observad con nosotras lo que dice Aime-Martin: "Querer reducir las mujeres al gobierno material de la casa y no instruir las sino solo para esto, es olvidar que de la casa de cada individuo es de donde salen los errores y preocupaciones que rigen el mundo."

Se ha dicho que una madre que educa bien á sus hijos hace más en provecho de la moral que todos los libros del universo; pero nadie se ha detenido á pensar que esta educacion no puede darla, si no posee un caudal de conocimientos suficientes.

Que la mujer tiene el cerebro perfectamente organizado para pensar, es cosa que nadie puede poner en duda. Escuchad lo que afirma Mme. Coey respecto á esto: "La anatomía más exacta no ha podido observar todavía ninguna diferencia entre la cabeza del hombre y la mujer. Sus cerebros son enteramente semejantes; ven y oyen por órganos que son enteramente idénticos; las impresiones que reciben se reúnen y conservan de la misma manera; las facultades intelectuales parecen moverse por un mismo resorte en uno y otro: luego no hay diferencia moral é intelectual entre el hombre y la mujer."

Y si esta opinion no os parece bastante desinteresada por ser mujer quien la emite, recordad que dice Alfonso Karr: "Las mujeres están naturalmente dotadas mejor que nosotros, y saben desde los primeros años más que lo que llegamos á aprender los hombres en todo el curso de nuestra vida; lo único que deben hacer es dejarse guiar por sus instintos, que son seguros y generosos."

La mujer está muy bien organizada para aprender las ciencias experimentales y de observacion; por su paciencia, exquisita sensibilidad y delicadeza de sus órganos, es mas á propósito que el hombre para ciertos detalles de química, de botánica y de zoología.

La voluntad de la mujer es tan fuerte y tan perseverante como la del hombre; si en algunos momentos aparece vencida, pronto se reacciona y se muestra enérgica y altiva cuando mas dominada se la creía.

La mujer y el hombre deben recibir la misma cultura intelectual y moral.

La educacion debe tener por fin el desenvol-

exclamó Marietta, terciando en la conversacion.

—Pruébame, esposa mía, que al chico le gusta trabajar.

—Ahora mismo está haciendo un cielo ó una pantalla de chimenea que Lorenzo quiere regalar al señor cura; un cielo como nunca se ha visto, con unas nubes blancas sobre azul, y las nubes parece que andan como si el viento las empujase.

—Más valdria que trabajase en el bosque con los otros leñadores; tú te matas de borrar, y él no gana el pan que come.

—Ya le ganará.

—Tú eres muy buena y siempre le disculpas.

—Yo opino como mi hermano.

—Bien debias pensar que tus pintorreteos no te dan fí ti nada, y si la leña del bosque.

—Es que yo soy mal pintor: sólo tengo afición, pero el chico tiene grandes disposiciones. Un chico de su edad que no ha aprendido dibujo, y á la primera ojeada que echa sobre mi cuadro exclama: "Tío, esa pierna es corta, ese brazo no está bastante alto, esa nariz está torcida". Y todo es cierto, hermano; el chico tiene razon, sabe más que yo con ménos años.

En este momento se presentó Antonio.

—¿De dónde vienes, muchacho?—preguntaron unánimemente.—Tres dias sin aparecer por aquí, y tan poco pan que te llevaste.

—He estado en el bosque.

—Traerás mucha leña,—objetó el padre.

Marietta estaba alterada.

—Es que me ha sucedido una cosa muy rara, padre: yo iba decidido á cortar leña y traer mi jornal...pero...como dice tío Lorenzo, el hombre propone y Dios dispone.

—¿Y qué más?—preguntó Marietta.

—Madre, lo más difícil es decir el sucedido.

—Vamos, el caso es que no trabajaste, ¿eh?

—Sí, tío, trabajé.

—Entonces, has perdido el dinero que te dieron por la leña.

—No, madre, tampoco es eso.

—Acaba con cien mil de á caballo!—gritó Allegri.

—Pues señor, llevo al bosque, cojo mi hacha y mi martillo y empiezo con tan buena voluntad que los compañeros me gritaban: "Anda, Antonio, hoy si que estará tu padre contento." Llega la hora de comer, me siento en el suelo, saco mi navaja y mi pan, mi queso y carne, y mientras comía, veo una gran rama que se desprende de un árbol, limpia y hermosa, y sin saber lo que hacía, soñando tal vez, olvido que estaba comiendo, y distraído empiezo á hacer cortaduritas en la rama, y despues de tres dias he concluido mi trabajo.

—¿Qué has concluido?—gritaron los oyentes.

—Mi paciencia!—exclamó Allegri.

—Esto,—dijo el chico, yendo á buscar de un rincón un objeto que presentó á los asombrados leñadores.

El objeto era una Madonna con el niño Jesus en los brazos, groseramente tallado.

Allegri no vió más que un pedazo de madera. La madre, con ese instinto que les es peculiar, gritó alborozada, adivinando el genio de su hijo:

—¡Preciosa Madonna! Algunas más perfectas hará mi Antonio con el tiempo: todavía no debe hacerlas mejores, es imposible.

—¡Yo digo que es un estúpido!—gritó el padre.

—Hijo mío, yo te protegeré,—decia Marietta llorando de entusiasmo.

—Yo tambien,—añadió el tío Lorenzo:—te entrego desde ahora mi paleta, mis pinceles, mis raspines y el cincel.

El padre gritaba:

—¡Todos estais locos! ¡Un haz de leña sería mejor!

—Mira, Allegri, con qué gracia inclina la Madonna la frente hácia su hijo.

—No te fascine tu amor maternal; yo soy tan devoto como tú de la Madonna, y sin embargo, no puedo aplaudir que gaste el tiempo en hacer muñecos de madera. Todos sois culpables por alimentar su pereza.

—Padre, no volverá usted á decirme que no gano el pan que cómo.

—Es muy bueno que tengas dignidad.

El muchacho se alejó un poco.

Marietta lloraba.

—¿Que tienes, mujer?

—Debía adivinarlo tu amor de padre: Antonio nos deja, es su resolucion, lo leo en su frente.

—Si el chico tiene vocacion de artista,—añadió Lorenzo,—dejadle: él no se dá mala maña para la pintura. El otro dia le ha hecho al frutero de enfrente una muestra que representa al mismo frutero comiéndose á dos carrillos su propia mercancía, y os aseguro que frutas y frutero parecia que se salian de la tabla. Pronto posecra el talento de la plástica; su Madonna lo indica. Hay en todas las lineas de su cara una expresion, un sello especial que delata su inspiracion.

Antonio marchó á Módena, dejando á sus padres afligidos, pero despues de haber obtenido la bendicion.

Solo, con su fé en Dios y su entusiasmo, entró por la vez primera en una gran ciudad.

Su madre le dió unas lineas para la marquesa Gámbara, á la cual bordaba pañuelos, y el muchacho se presentó á ella pidiendo proteccion.

Á la marquesa le interesó el muchacho por la vehemencia que manifestaba para hablar de su vocacion, y se encaminó con él inmediatamente al estudio de Francisco Bianchi, para recomendarlo.

Admitido por el célebre maestro, Antonio no podia disimular su alegría y su notable gratitud hácia la marquesa.

—¡Creed,—gritaba ebrio de placer,—creed,

exclamó Marietta, torciendo en la conversacion.
—¡Pruébame, esposa mia, que al chico le gusta trabajar.

—Ahora mismo está haciendo un cielo ó una pantalla de chimenea que Lorenzo quiere regalar al señor cura; un cielo como nunca se ha visto, con unas nubes blancas sobre azul, y las nubes parece que andan como si el viento las empujase.
—¡Muy valdría que trabajase en el bosque con los otros leñadores; tú te matas de borrar, y él no gana el pan que come.

—Ya le ganará.

—Tú eres muy buena y siempre le disculpas.

—Yo opino como mi hermano.

—Bien debías pensar que tus pintorreteos no te dan á tí nada, y si la leña del bosque.

—Es que yo soy mal pintor: sólo tengo afición, pero el chico tiene grandes disposiciones. Un chico de su edad que no ha aprendido dibujo, y á la primera ojeada que echa sobre mi cuadro exclama: "Tío, esa pierna es corta, ese brazo no está bastante alto, esa nariz está torcida". Y todo es cierto, hermano; el chico tiene razón, sabe más que yo con menos años.

En este momento se presentó Antonio.

—¿De dónde vienes, muchacho?—preguntaron unánimemente.—Tres días sin aparecer por aquí, y tan poco pan que te llevaste.

—He estado en el bosque.

—Traerás mucha leña,—objetó el padre.

Marietta estaba alterada.

—Es que me ha sucedido una cosa muy rara, padre: yo iba decidido á cortar leña y traer mi jornal...pero...como dice tío Lorenzo, el hombre propone y Dios dispone.

—¿Y qué más?—preguntó Marietta.

—Madre, lo más difícil es decir el sucedido.

—Vamos, el caso es que no trabajaste, ¿eh?

—Sí, tío, trabajé.

—Entonces, has perdido el dinero que te dieron por la leña.

—No, madre, tampoco es eso.

—¡Acaba con cien mil de á caballo!—gritó Allegri.

—Pues señor, llevo al bosque, cojo mi hacha y mi martillo y empiezo con tan buena voluntad que los compañeros me gritaban: "Anda, Antonio, hoy sí que estará tu padre contento." Llega la hora de comer, me siento en el suelo, saco mi navaja y mi pan, mi queso y carne, y mientras comía, veo una gran rama que se desprende de un árbol, limpia y hermosa, y sin saber lo que hacía, rozando tal vez, olvido que estaba comiendo, y distraído empiezo á hacer cortaduritas en la rama, y después de tres días he concluido mi trabajo.

—¿Qué has concluido?—gritaron los oyentes.

—Mi paciencia!—exclamó Allegri.

—Esto,—dijo el chico, yendo á buscar de un rincón un objeto que presentó á los asombrados leñadores.

El objeto era una Madonna con el niño Jesús en los brazos, groseramente tallado.

Allegri no vió más que un pedazo de madera. La madre, con ese instinto que les es peculiar, gritó alborozada, adivinando el genio de su hijo:

—¡Preciosa Madonna! Algunas más perfectas hará mi Antonio con el tiempo: todavía no debe hacerlas mejores, es imposible.

—¡Yo digo que es un estúpido!—gritó el padre.

—Hijo mío, yo te protegeré,—decía Marietta llorando de entusiasmo.

—Yo también,—añadió el tío Lorenzo:—te entrego desde ahora mi paleta, mis pinceles, mis raspines y el cíncl.

El padre gritaba:

—¡Todos estais locos! ¡Un haz de leña sería mejor!

—Mira, Allegri, con qué gracia inclina la Madonna la frente hácia su hijo.

—No te fascino tu amor maternal; yo soy tan devoto como tú de la Madonna, y sin embargo, no puedo aplaudir que gaste el tiempo en hacer muñecos de madera. Todos sois culpables por alimentar su pereza.

—Padre, no volverá usted á decirme que no gano el pan que como.

—Es muy bueno que tengas dignidad.

El muchacho se alejó un poco.

Marietta lloraba.

—¿Que tienes, mujer?

—Debía adivinarlo tu amor de padre: Antonio nos deja, es su resolución, lo leo en su frente.

—Si el chico tiene vocación de artista,—añadió Lorenzo,—dejadle: él no se dá mala maña para la pintura. El otro día le ha hecho al frutero de enfrente una muestra que representa al mismo frutero comiéndose á dos carrillos su propia mercancía, y os aseguro que frutas y frutero parecia que se salían de la tabla. Pronto poseerá el talento de la plástica; su Madonna lo indica. Hay en todas las líneas de su cara una expresión, un sello especial que delata su inspiración.

Antonio marchó á Módena, dejando á sus padres afligidos, pero después de haber obtenido la bendición.

Solo, con su fé en Dios y su entusiasmo, entró por la vez primera en una gran ciudad.

Su madre le dió unas líneas para la marquesa Gámbara, á la cual bordaba pañuelos, y el muchacho se presentó á ella pidiendo protección.

Á la marquesa le interesó el muchacho por la vehemencia que manifestaba para hablar de su vocación, y se encaminó con él inmediatamente al estudio de Francisco Bianchi, para recomendarlo.

Admitido por el célebre maestro, Antonio no podía disimular su alegría y su notable gratitud hácia la marquesa.

—¡Creed,—gritaba ebrio de placer,—creed,

señora, que yo haré buenos cuadros y que el primero será para vos.

En el estudio de Francisco Bianchi se hacían obras maestras.

La marquesa pagaba puntualmente las mensualidades del pequeño artista, y cada vez que iba a verle, recibía satisfactorias noticias acerca de los progresos de Antonio.

Su primer cuadro representó la Asunción de la Santa Virgen, como obsequio á su devota protectora, y en memoria de la Madona de madera groseramente tallada que determinó su gran vocación.

Sus condiscípulos le denominaron Correggio, y ha pasado á la posteridad con este nombre.

Grandes obras hizo, de las cuales sólo recordamos las siguientes: un grupo para la iglesia de Santa Margarita en Módena; un San Antonio de la galería de Dresde que pintó en 1572 en Carpi; varios frescos para la familia Gámbara, algunos cuadros para el conventual de la misma ciudad, y más tarde pintó para países extranjeros. Según dicen, nunca estuvo en Roma, y sin embargo, una de las cosas que mas brillan en él es el gusto de lo antiguo. No sólo el Correggio era el pintor de las gracias, lo que hacía decir á Faillascan que el Correggio era en la gracia lo que Miguel Ángel en lo terrible, sino que fué también el creador de la armonía del clarooscuro y de los admirables escorzos, de tan gran efecto cuando no se abusa de ellos.

Los niños pintados por el Correggio tienen una gracia divina y celeste que los iguala á los mismos ángeles.

La familia del humilde Allegri se vió rodeada de una auréola de gloria.

La predicción de Marietta se cumplió.

Un misero leñador ocupó puestos elevados, ganándose la admiración de todo el mundo.

¡Dejad paso franco al talento y la aplicación en cualquiera criatura que se manifieste!

¡No mutiléis el entendimiento de la mujer con torres díques á sus elevadas aspiraciones!

Á despecho de los egoístas, la mujer que ha nacido para brillar, brillará, por más que intenten oscurecer su gloria.

Si el Cristianismo es la religión del alma, el Arte es la religión del corazón.

Querer apagar la chispa del genio que ilumina la inteligencia de una mujer, es tan absurdo como pretender extinguir el fulgor de una estrella.

Violentar las nobles inclinaciones es cometer un crimen moral.

¡No encerreis á la mujer en un estrecho círculo de hierro!

¡No le imponáis su misión; que se la imponga ella espontáneamente!

Dice Sánchez del Real: "La misión de la mujer está en todas partes: desde el hogar hasta los salones, desde el arte hasta las mas sublimes investigaciones de la ciencia."

"Aquel que ha dicho que la mujer tenía una fibra más que el hombre, no ha mentido: bien puede decirse de ellas, que no tienen una fibra más que el hombre, sino muchas."

"Para la conquista del porvenir, nos hacen falta mujeres."

Dadles por brújula una buena educación y no se extraviarán: si están civilizadas, les bastarán por guía sus tiernos y generosos instintos.

¡Dad á la mujer luz, mucha luz!

Ilustrar á la mujer, es arrancarle las cataratas de la inteligencia.

Ilustrada la mujer en la escuela de la razón y el sentimiento, no teneis nada que temer, se basta á sí misma.

MARIA CONCEPCION GIMENO.

1877.

● la cruz ó la muerte.

¡Oh! que fuera de mí sobre la tierra,

Con el alma abrumada de dolores,

Si en medio de mis crueles sinsabores

No te adorara yo, divina Cruz!

¡Oh! que fuera de mí si no creyera

En la eterna verdad del Cristianismo;

Si arastrada del negro escepticismo,

No pidiera á los cielos paz y luz.

¡Qué hiciera yo, cuando aturdida intento,

Dar con mi amante voz nueva existencia

Al dulce compañero cuya ausencia

Me condena á tan triste soledad!

¡Qué hiciera yo, cuando tan triste duelo

Hace inundar en llanto mis mejillas,

Si no doblara, humilde, ambas rodillas

Y aceptara de Dios la voluntad!

¡Qué hiciera yo, sin esa clara antorcha

Con que alumbraba la fé mi triste vida;

Que hiciera en esta tierra maldecida

Con mi sediento y enfermo corazón!

¡Qué hiciera yo sin encontrar un rayo

De amor, de claridad y de esperanza,

Que pudiera mostrarme en lontananza

Un porvenir de paz y bendición!....

¡Qué riqueza, qué honor, qué poderío,

La vanidad el mundo me brindarán

Que á mitigar al menos alcanzarán,

De un angustiado espíritu el dolor?

¡Qué bálsamo precioso, que pudiera

Sanar la herida de un pesar profundo

¡Oh! nada tiene que ofrecerte el mundo
Que valga para mí lo que mi amor!!!

Pero mi fé, mi religion divina,
Y esta cruz, que es mi gloria y mi tesoro,
Ellas, sí, saben enjugar mi lloro,
Ellas, sí, alcanzan á templar mi mal:
Ellas, tienen para mí consuelos,
Mas allá de la vida y de la muerte,
Y ellas, por fin mi infortunada suerte
Trocarán por la dicha celestial.

Sin fé, sin religion, sin esperanzas
Con una alma volcánica y amante,
Hubiera muerto yo desde el instante
En que mi dulce amigo me faltó;
Hubiera muerto, sí, ¿qué es la muerte
Si nuestro bien se esconde entre su seno?
¿Quién retrocede entónces si el veneno,
Ó el puñal el descanso le ofreció?...

¿Quién retrocede....?—El que á los cielos alza
Sus angustiados ojos cuando llora;
Y del eterno la bondad implora,
Para sufrir, y no desfallecer,
El que tiene una cruz, y fervoroso
La estrecha y la humedece con su llanto,
Y le pide consuelo en su quebranto,
Y le ofrece su acerbo padecer.

Este vive, y padece, y resignado
Acepta su martirio y su agonía;
Ese nunca, jamás la copa impía
Del veneno á sus labios llevará.
Ese vivo aunque pierda sus tesoros
De esperanza, de amor y de ventura,
Porque tiene una cruz en su amargura,
Y un Dios, que sus consuelos le dará.

SILVERIA ESPINOSA DE RENDON.

Metastasio.

Pietro Trapassi, llamado Metastasio, nació en Roma, Italia, el 28 de Enero de 1698. Sus padres, que eran pobres y de origen oscuro, no escasearon mediodigno para darle los primeros rudimentos de una educacion regular. En su tierna infancia dió pruebas evidentes de su genio por sus improvisaciones y por los trozos de poesia italiana que solia recitar. Un dia en

que con más entusiasmo estaba declamando, le oyó, por casualidad, Victoria Gravina, famoso juriconsulto y uno de los actores de aquella época que, aunque en vano trataron de elevar el drama en el siglo XVII á la altura en que se encontró mas tarde, él tenia el grandísimo talento de descubrir, y, áun lo que es más raro, de apreciar en otros el mérito artistico de que él carecia. Gravina emprendió inmediatamente la educacion del jóven Trapassi, y lo adoptó bajo el nombre de "Metastasio," palabra griega que equivalia á "transicion de un estado á otro," y que Gravina escogió como el verdadero nombre del jóven, tanto porque en él habia un juego de palabras cuanto porque con ello referia á su cambio de posicion. El protector no tuvo ocasion de arrepentirse de su benevolencia. Su hijo adoptivo, que era de una presencia muy agradable, y que, además de unas maneras finas poseia un rostro en el cual brillaba su grande inteligencia, y tenia una voz dulce y melodiosa, llegó en breve á ser el favorito del pueblo romano y por sus grandes dotes se hizo célebre en toda Italia. Gravina tuvo gran cuidado en cultivar el talento de su hijo adoptivo, y así que hubo adelantado en su educacion, le indujo á que hiciera uso del talento con que le habia dotado la naturaleza, escribiendo composiciones orginales y la tragedia "Giustino," única tragedia compuesta por Metastasio cuando tenia 14 años de edad. Si en esta obra dramática se encuentran algunos defectos, deben dispensarse si consideramos la edad tierna en que Metastasio la escribió, edad en que generalmente, los niños, comienzan apenas á pensar con juicio. Querer criticar una obra cualquiera, escrita por un niño de 14 años es el mayor absurdo que puede cometer un hombre sensato. Sin embargo, si leemos el "Giustino" con algun detenimiento, encontraremos en él mérito bastante que nos hace admirar el talento del jóven escritor, y sentir, al mismo tiempo, que Metastasio no intentase escribir otra tragedia, cuando más tarde llegó al apogeo de su fama y reputacion. ¡Cuántas bellas páginas habria producido aquel gran talento!

Gravina habia dedicado á su hijo adoptivo para el foro; y habiendo muerto, en 1718, legó á Metastasio todos sus bienes, y éste quedó entónces en plena libertad para entregarse al estudio de los autores clásicos, y de la literatura de su país.

Entre los numerosos escritos de Metastasio, hay uno que demuestra el título de gratitud que quiso pagar á la memoria de su bienhechor. Nos referimos al poema *La Strada della Gloria*, que escribió inmediatamente despues de la muerte de Gravina. En este poema, Gravina, á quien Metastasio trata con el más grande respeto y amor, se le aparece en sueño, y le recomienda "que siga, sin detenerse, por la senda de la gloria." El génio de Metastasio le hizo entrever que estaba destinado á mejorar el Melodrama. Este, sujeto de nuevo á las reglas observadas por Rinuccini en su *Diŕne*, y embellecido por una música como la compuesta por Peri, Caccini y Mei, pareció á Metastasio que le abría un campo vastísimo para ejercer su talento, y entrevió la esperanza de que recogería nuevos y abundantes lauros; pero sus ilusiones fueron bien pronto destruidas. No estando acostumbrado á la riqueza, y creyendo que lo que habia heredado de Gravina no tenia limites, disipó en poco tiempo todo lo que poseia, y se vió de nuevo compelido á emprender el estudio de las leyes que con tanto placer habia abandonado. Retirándose de Roma en donde falsos amigos le habian hecho disipar su fortuna, se dirigió á Nápoles, que en aquel tiempo tenia una cátedra de jurisprudencia de gran reputacion. Habia, sin embargo, en Nápoles, otras escuelas en las cuales se hacian estudios más en relacion con los gustos de Metastasio. Existian alli tres de los cuatro famosos Conservatorios de música, cuyos discípulos, hombres como Gaetano, Tonnolli, Caldara, Predieri, Vinci y otros, podrian algun dia poner música á sus dramas. Nápoles estaba entónces de gala, pues celebraba el nacimiento de una hija del Emperador Carlos VI, y Metastasio fué el poeta que se escogió para componer el drama que debia representarse en aquella ocasion. En vano pretendió rehusar el honor que se le hacia, y al fin consintió; pero con la condicion de que su maestro de jurisprudencia debia ignorar quien era el autor de la pieza. Escribió, pues, *Gli Orti Esperidi*, su primer melodrama. El aplauso universal que recibió su drama, impidió que sus admiradores pudieran guardarle el secreto prometido, tanto más cuanto que la famosa cantatriz María Bulgarini, llamada "La Romanina," que habia representado el papel de *Vénus*, declaró que no descansaría hasta descubrir el nombre del poeta que la habia hecho re-

coger tantos laureles. Al fin, cuando ella logró descubrir el autor del drama, empleó todos los medios posibles para persuadirle á que se dedicara exclusivamente á la composicion de melodramas, para lo cual parecia tener tanto talento. Metastasio no pudo resistir á sus súplicas, y abandonando para siempre el estudio de la jurisprudencia, se entregó, con el mayor entusiasmo, á escribir piezas dramáticas, algunas de ellas de gran mérito, tales como "La Didone," "Il Catone" é "Il Siroe," que le dieron un gran nombre europeo.

En 1730 pasó á Viena (Austria) á donde fué llamado por el emperador Carlos VI, quien le dió el título de *poeta cesáreo*, y alli escribió, sucesivamente, *Giuseppe Riconosciuto*, *Il Demofante*, *La Clemenza di Tito*, y aquella *Olimpida*, á que toda Italia dió el sobrenombre de *la Divina*. La muerte de Carlos VI, su protector, y las guerras que siguieron á esta, interrumpieron sus trabajos dramáticos, y desde entónces sólo escribió poesías ligeras. Las obras poéticas de Metastasio, consisten en 63 tragedias líricas y óperas de varios géneros, 12 oratorios, 48 cantatas y una multitud de elegías, idilios, sonetos y traducciones. Entre sus obras se encuentran los análisis de las obras poéticas de Aristóteles y Horacio, *Observaciones sobre el teatro griego*, y una *Correspondencia* muy interesante.

La diction de Metastasio es de una fuerza perfecta, de una gracia y de una elegancia sostenida, y tiene, sobre todo, una dulzura arrebatadora en los versos dedicados al canto; pero, en verdad, sus piezas no están, en general, perfectamente concebidas y les falta vigor á los caracteres. Las ediciones más esmeradas de sus obras son las de Turin, 1758, en 14 vol.—en 4°; París, 1780, 12 vol. 8°; Génova, 1802, 6 vol. gruesos; Mantua, 1816 y 1820, 20 vol. y Florencia, 1819, 23 volúmenes. A Richelet debemos una traduccion anónima de algunas de las piezas dramáticas de Metastasio.

Este célebre autor se distingue por la generosidad de su carácter, por su integridad y candor y por la sinceridad de sus sentimientos y gran desinterés para con sus amigos. Murió en Viena el año de 1782, á la avanzada edad de 84 años.

ANDRES CASSARD.

Nueva York.

El poeta.

A FERNANDO VELARDE,

*En testimonio de profunda admiración y
espontánea simpatía.*

MARTIRO.

I.

Nace el poeta,—y en su ebúrnea lira
Canta en la edad feliz de los amores;
Presa su sér, despues, de hondos dolores,
En angustiosa soledad suspira.

La muchedumbre indiferente mira
De su sien los divinos resplandores,
Y guirnalda de dardos punzadores
Ciñe á su frente, rebozando de ira.

Y aún no colmada su febril venganza,
Sus anatemas contra él fulmina,
Y en torno suyo, placentera, danza...

Mientras que, él, con su vision divina
A la palestra con ardor se lanza,
Y hácia la cumbre del Ideal camina...

APOTÉOSIS.

II.

Muere el poeta,—y en su tumba aislada
Lloroso sauce la piedad coloca;
Bajo sus ramas, al Olimpo evoca
Púdica vírgen con la faz velada.

Con el fulgor de Sirio, su mirada
Resplandece al través de la alba toca,
Que oculta el rasgo de su bella boca,
Y la espresion de su alma desolada.

¡Esa pálida vírgen y sombría,
Es la inmortal y sacra Poesía:—
La que del Tiempo huella los vestigios;

Y con mano amorosa y faz inquieta
De la Gloria al altar lleva al poeta:—
¡La Deidad soñadora de los siglos!

TEOBALDO ELIAS CORPANCHO.

Lima.

Un novio pescado por telégrafo.

IV.

LOS RETRATOS.

W.—Señor Termy: me llegó su retrato y le mando el mio, segun lo ofrecido. La verdad: el suyo no me ha parecido mal, pero temo que Ud. se haya pintado los bigotes y las barbas, para aparecer mejor. ¡Son hoy tan presumidos los hombres! Ya veremos.

B.—Señorita Emma: he recibido su retrato. Es Ud. no solo bonita y graciosa, es Ud. hermosa, encantadora. ¡Qué ojos, qué nariz, qué boca, qué cuerpo! Los ojos grandes, llenos de dulzura y de fulgor; pero no acierto á conocer qué color tienen; ¿son negros? N6, tienen mucha suavidad y melancolía; ¿azules oscuros, verdes como el mar? La nariz es fina y delicadamente perfilada, con las ventanas un poco abiertas, respirando vida; la boca grande, de labios voluptuosos, que convidan al amor y se burlan del atrevimiento, y la frente ancha y tersa, coronada por un bosque de cabellos color de avellana madura que dan reflejos de oro. Y me decia que eran locos como la espiga del maiz; ¿qué gusto de mortificarme! Y la torneada garganta y el busto que parece modelado por un estatuario. ¡Qué conjunto de perfecciones! A veces temo que Ud. haya querido burlarse y me haya enviado la copia de algun retrato ideal. Pero sea lo que fuere, declaro á Ud., señorita, que estoy enamorado del retrato y que ansio por ver el original. Ansio, pues, por ver á Ud., por conocerla, por tratarla, y espero que Ud. me concederá ese gran favor.

W.—Permitame que le diga, señor Termy, que es Ud. muy exigente: me pide Ud. mi retrato, por complacerlo se lo envío, y cuando yo esperaba que Ud. quedara satisfecho con eso, ya me pide Ud. una entrevista para conocerme y tratarme, declarándose enamorado por anticipacion. Pues, señor mio, Ud. ha adivinado en parte: yo, deseosa de conservar la ilusion de Ud., de mantener nuestra correspondencia, en vez de enviarle el triste retrato de mi fea persona, le remití el retrato de una señorita afamada entre las elegantes de esta capital, retrato que se vende en las joyerías y en los almacenes de modas. Pero Ud., con su deseo de verme, ha echado por

tierra todos mis planes, fundados en ese ardid inocente. Es Ud. inexorable.

B.—Nó, nó, señorita, no creo que Ud. haya usado conmigo de tal superchería, y de todos modos quiero salir de la ansiedad en que me encuentro, y si Ud. no me lo prohíbe expresamente, me presentaré el lunes á hacer á Ud. una visita: hermosa ó fea, quiero conocerla y tratarla.

W.—Pues ya que Ud. lo exige, venga Ud. á verme á la oficina telegráfica: rehusarme sería hacer á Ud. un desaire indebido, cualquiera que sea el éxito de su visita.

V.

PRIMER DIÁLOGO EN LA OFICINA TELEGRÁFICA DE WASHINGTON.

Arturo.—¿La señorita Emma Loyel estará visible?

El portero.—Emma Loyel dirá Ud. Sí, señor; entre Ud. al salon de recibo, y voy á avisar á la señorita que está trabajando.

Arturo (al ver entrar á Emma).—¡Ah! es la misma del retrato, no me había engañado, ¡qué hermosa es!

Emma.—¿El señor Arturo Termy?

A.—Un apasionado servidor de la señorita Emma, pues que yo no necesito, por fortuna, preguntar quién es Ud.

E.—¿Y qué no ha perdido Ud. la ilusion con mi presencia?

A.—Al contrario, señorita, estoy encantado al verla; es Ud. mas hermosa que lo que el retrato dice, pues éste no ha podido pintar la magestad que adorna su persona, que me deslumbra y que hasta cierto punto me intimida para decir á Ud. el objeto que me trae á su presencia.

E.—Hable Ud., señor Termy, y trátame Ud. con la franqueza que lo hiciera si nos hubiéramos comunicado por el telégrafo.

A.—Pues ya que es tanta la bondad de Ud., le diré: que si ántes estaba enamorado del retrato, ahora lo estoy perdidamente del original, y con tal fuerza que si no logro ser amado de Ud., voy á ser muy infeliz.

E.—Y dado caso, amigo mio, ¿cuáles serían los proyectos de Ud?

A.—Yo venia resuelto á solicitar de Ud. que me autorizara para hablar con su padre y pedirle en matrimonio; pero la verdad sea dicha, desde que la he visto á Ud. y conozco las relevantes

prendas que la adornan, no me considero digno de tal felicidad, si se atiende sobre todo á mi escasez de recursos. No tengo mas que mi sueldo de telegrafista, pero me habia formado el plan de que ayudándome Ud. en mi trabajo de la oficina, podia yo ocuparme en trazar planos de puentes, calzadas y caminos (pues mi buen padre como ingeniero, me enseñó su oficio) y así podíamos ponernos una renta con la cual pudiéramos vivir, sino con lujo, cómodamente, Ud., mi madre y yo, en la ciudad de B., que es lugar muy agradable y abundante.

El portero, poniendo una esquila en las manos de Emma, del señor director general de correos, su padre.

(Post master general.)

Arturo.—¿Cómo! El Post master general ¿es el padre de Ud., señorita?

Emma.—Sí, señor Termy, este billete ha venido á descubrir á destiempo mi secreto; pero no haga Ud. caso de eso, y continúe Ud. dándome cuenta de sus proyectos, que me complacen.

A.—Ah! no, señorita. Cuando yo creía que hablaba con Emma Loyel, obrera telegrafista, mi igual en posicion, creí que podia aunque con timidez, pedir su mano y hacerla participe de mi vida y de mis pobres proyectos; pero tratando con mis Emma Loyel, de la alta sociedad de Washington, hija del secretario de Estado, Mr. John Loyel, mis pretenciones no solo serían ridículas sino absurdas. Considere Ud., señorita, que nada he dicho y que nada ha pasado entre nosotros. Yo me retiro con la muerte en el corazon.

E.—Cálmese Ud., amigo mio, y no obre tan de ligero. Ahora que ya sabe quién soy, y qué sé, que Ud. me ha amado sin conocer mi posicion, puedo decir á Ud. sin desdoro y para que Ud. se anime: que yo amo á Ud. y que lo amo desde el primer día que le ví en el paseo del parque, y que ese amor es el que me ha movido á hacerme telegrafista para tener el placer de corresponderme con Ud. y á variar ligeramente mi apellido para no ser conocida.

A.—¿Será posible señorita? ¿Es cierto lo que oigo? ¿Me ama Ud.? ¡Qué dicha! ¡Qué felicidad! Me hace pasar Ud. del infierno al cielo con esa sola palabra.

E.—Sí, yo amo á Ud., Arturo; pero como no podríamos casarnos sin el consentimiento de dos personas, su madre y mi padre, es preciso que

Ud. vaya a ver á éste, le cuento lo que ha pasado entre los dos y le pida mi mano.

A.—¿Ir yo donde Mr. Loyel? ¿decirle el uso que hemos hecho del telégrafo, y pedirle la mano de Ud. sin contar con mas rentas que mi cien pesos de telegrafista? ¡Imposible! ese buen Mr. Loyel me destituiría de mi empleo por lo primero, y me echaría escaleras abajo por mi atrevida pretencion. En mi contento al oír decir á Ud. que me amaba no pensé en ese terrible impedimento. ¿Soy muy desgraciado!

E.—Pues, señor mio, como yo no puedo ser suya sin la voluntad de mi padre, y como no me gustan los hombres cobardes, que no saben arrostrar todo peligro ó dificultad para dar pruebas de su amor, desde ahora queda terminada toda relacion entre nosotros, y Ud. desciende del alto pedestal en que mi imaginacion lo habia colocado.

A.—¡Ah! no, señorita, por Dios! Tenga Ud. compasion de mi situacion. Iré á hablar con su padre, y hablaría con el Presidente y con el Emperador y con el Papa, si fuera preciso para obtener su mano. ¿Qué otra cosa peor puede sucederme que perder el cariño y la estimacion de Ud.?

E.—Pues bien, esta es la hora apropiada para encontrar á mi papá en casa. Tome Ud. esta tarjeta mia que le servirá de introductor hasta el escritorio de mi padre. Vaya Ud., y tenga confianza, que el diablo ayuda á los enamorados y la fortuna á los audaces.

R. RIVÁS.

(Concluirá.)

REVISTA GENERAL.

SUMARIO:—Concierto y lectura literaria—Exhibicion—Fiestas religiosas—Bazar de Caridad—Compañia dramática—Fiestas en Belgrano—Enigma.

El concierto y lectura literaria á beneficio del Hospital de Niños, tuvo lugar el Viérnes pasado.

El programa fué desempeñado á satisfaccion del numeroso público que se habia dado cita esa noche en el vasto salon de la Opera.

La parte musical fué brillante y la literaria, á cargo de Ricardo Gutierrez, no lo fué ménos. La nueva y última composicion *Cristo*, que leyó él mismo, cautivó la atencion de todos.

Escritas estas líneas á última hora, no podemos entrar en otros detalles.

Se encuentra en exhibicion en la calle de Suipacha entre Piedad y Cangallo, un lindísimo cuadro hecho del cabello de las huerfanas de la Merced.

El Miércoles de la semana entrante tendrán lugar en la iglesia de San Nicolás de Bari las fiestas de su titular. Las vísperas serán oficiales por el Señor cura de San Telmo, Don Ramon Garcia.

El segundo dia predicará fray Marcolino Venavente y el tercer dia el Padre Salgado de la compañia de Jesus.

En estos dias vá á establecerse en el templo de protestantes sito en la calle de Corrientes, un bazar de caridad.

El producto de esta fèria se destina para el socorro de las familias que se hallan en la indigencia.

La compañia dramática que funcionaba en la Alegria ha partido con destino á San Nicolás.

Volverá á trabajar en Buenos Aires en el mes de Abril y será reforzada con algunos artistas de mérito.

Grandes fiestas se preparan en Belgrano para el 8 de Diciembre dia de su Santa Patrona.

Ese dia se inaugurará el hermoso templo que actualmente se haya en construcccion.

ENIGMA.

Cinco letras son el todo,
el cual denota un lugar
al que por mucho que corras
de fijo no arribarás.

Descompuestas esas letras
te dan una cantidad
que de la centena pasa
sin exceder del millar.

Y te dan lo que no es tuyo,
¡torpe de mí! dije mal:
¿cómo no ha de serlo, siendo
cosa de mi propiedad?

Si á las tres primeras unes
la quinta descubrirás
lo que por calles y plazas
las damas cogiendo vais.

Y no obstante de que un lio
esto te parecerá
puede eso mismo ponerte
on camino de acertar.

GUINNALDA.